

El Darfur nos interpela

Nuevamente un conflicto africano acapara los titulares más trágicos de los noticiarios y periódicos. Y una vez más resulta llamativo ver cómo se despacha el asunto con palabras que, por desgracia, casi vienen asociadas a África y su entorno: genocidio, limpieza étnica, odios tribales... La realidad es más complicada que como viene presentada en muchos medios de comunicación. El Darfur, una región inmensa, comparable en superficie a Francia, es la parte más occidental del Sudán, lindando con el Chad. Representa la quinta parte del Sudán, el país más extenso de África. Ningún poder, ni colonial ni post-colonial, ha podido dominar completamente la región. La precariedad de su infraestructura, la extensión de sus tierras y el carácter independiente de sus gentes se conjugaban para hacer fracasar cualquier intento de dominio militar o administrativo.

Desde el punto de vista natural, es una zona amenazada por el inmenso desierto del Sáhara y por la precariedad de sus lluvias. Se le calcula una población de unos cinco a seis millones. Darfur significa en árabe «la Casa de los Fur», una de las etnias que tradicionalmente han poblado la región.

El sultanato Fur, fundado en 1650, se caracterizó por su defensa de los pastos y cultivos frente a las invasiones nómadas.

Factores del conflicto actual

El conflicto actual es el resultado de una conjunción de factores, entre los que destacan los siguientes.

El factor natural. El Darfur es una región ecológicamente frágil. Una montaña principal (Jebel Marra) atrae unas precipitaciones tan irregulares como imprevisibles y alberga los campos más frondosos de la región. Es una zona donde los pastos y los puntos de agua son esenciales para la supervivencia de personas y ganado. Actualmente está sintiendo de manera muy especial el cambio climático con sequías cada vez más regulares. El control del agua y los pastos explica buena parte del conflicto.

El factor étnico. El Darfur alberga tribus de diversa procedencia cultural y étnica: unas, de origen árabe y de estilo de vida nómada, están enfrentadas a poblaciones más sedentarias de agricultores de origen negro-africano. Por sorprendente que parezca, las diferencias fisionómicas entre ellos son mínimas, hasta el punto que resulta difícil trazar una línea entre árabes y africanos desde la mera apariencia física. Todas las tribus autóctonas practican el Islam como religión mayoritaria, aunque éste a veces esté salpicado de prácticas procedentes de las religiones tradicionales africanas. Hasta hace poco tiempo, las diferencias entre pastores y agricultores se solucionaban a través de mecanismos tradicionales de resolución de conflictos. Pero desde los años 80, con la generalización en la región de las armas ligeras, proporcionadas por el gobierno de Sadiq el-Mahdi, la oposición entre estas poblaciones se ha radicalizado.

El factor político. Desde la independencia del Sudán hasta hoy, los darfurianos apenas han tenido peso político en la administración del país. La única aportación digna de mención a la marcha del país ha sido la nutrida presencia de oriundos de la zona en el ejército, incluso entre sus cuadros de oficiales superiores, pero esta presencia en el terreno cas-

trense no ha quedado reflejada en los ámbitos político y administrativo. El Darfur ha sido siempre el feudo de las corrientes islamistas, del partido *Umma* (ahora en la oposición) y ha formado alianzas de conveniencia con partidos que necesitaban cierto soporte popular, pero con poco arraigo en la región.

El factor desarrollo. El Darfur ha padecido un abandono sistemático por parte de la administración central. A pesar del evidente progreso social y económico de otras regiones del Sudán, gracias a los sustanciosos dividendos del petróleo del Sur, ni siquiera una mínima parte de estos recursos financieros ha ido al Darfur. El pastel se lo reparten otras regiones con más peso político dentro del gobierno del Frente Islámico Nacional, encabezado por el presidente Omar El-Beshir. La única infraestructura existente en una región tan extensa es una obsoleta e irregular línea de ferrocarril que apenas ha tenido impacto en su desarrollo: buena prueba de su largo abandono.

Conflicto abierto

Desde hace algunos años, el gobierno reconocía que en el Darfur se daban «casos aislados de bandolerismo», hasta el punto de que los transportes públicos tenían que ir escoltados. La aparición de unas sangrientas milicias llamadas *Janjawiid* hizo que la ya precaria situación de la región alcanzara cotas extremas de violencia. El problema ha estado latente durante años. Hasta que la brutalidad e impunidad de estas milicias movió a ciertos grupos locales a organizarse y armarse para defenderse de una amenaza interior orquestada y financiada por el mismo gobierno central. Dos grupos rebeldes: el *Frente por la Justicia y la Equidad* (JEM, en sus siglas inglesas) y el *Ejército de Liberación de Sudán* (SLA) se alzaron en armas para contrarrestar la política de tierra quemada que han intentado imponer los *Janjawiid* con el soporte logístico del ejército sudanés.

Hoy ya nadie cree los desmentidos oficiales que intentan desvincular a los *Janjawiid* del gobierno. Asociaciones de derechos humanos, en particular la organización norteamericana *Human Rights Watch*, han aportado

pruebas fehacientes de la connivencia de los gobernadores locales, de los esfuerzos de la administración por reclutar nuevos combatientes para las milicias y de las órdenes de impunidad dadas a las autoridades locales. Un elemento inculpador más es la exacta coordinación entre unidades aéreas y los *Janjawiid* a caballo, coordinación que se ha revelado letal en diferentes operaciones en las que se han arrasado pueblos, se han quemado cosechas y se han cegado pozos de agua potable. Ninguna guerrilla africana está armada, como ésta, con helicópteros ametralladores o bombarderos *Antonov*. La opinión mundial ha tomado buena nota de estas informaciones.

La trágica historia de Sudán se vuelve a repetir. Si desde su independencia, en Enero de 1956, el país apenas ha vivido periodos de paz, esto se debe en gran parte a la actitud de un gobierno central que durante todo este tiempo ha querido imponer una ley de sumisión y de intolerancia ante todo aquello que se saliera de la norma cultural, política y religiosa impuesta desde el poder. El Sur, negro y africano, se rebeló contra la ancestral explotación de un Norte, árabe y musulmán, que todavía utiliza contra ellos la palabra más ofensiva: «*abid*» (esclavo). La misma opresión del pasado que se manifestó en el terrible comercio de esclavos sigue hoy latente en los planos económico, cultural, político y social.

Una guerra después de otra

Desde la independencia, el gobierno central ha intentando de diversas maneras imponer una política de arabización e islamización a las tribus negro-africanas del Sur. Contra este orden de cosas se levantaron los rebeldes del SPLA, que hoy están sentados en la mesa de negociación para acabar con una guerra que ha alcanzado trágicos récords: dos millones de muertos, cientos de miles de refugiados, millones de desplazados internos...

El actual conflicto del Darfur tiene ciertamente características diferentes que la guerra del Sur, ahora a punto de terminar. Sus actores (las milicias *Janjawiid*, el JEM y el SLA) y su contexto cultural son diferentes, pero las

causas primeras y la raíz de ambos conflictos son las mismas, ya que están originados por la agresiva e intolerante política del diminuto grupo oriundo de las riberas del Nilo que ha tenido en sus manos las riendas del poder desde la independencia hasta hoy. Incluso la táctica de Jartum de utilizar a milicias como marionetas de control remoto, para así poderse defender de embarazosas acusaciones por parte de la comunidad internacional, es algo que ya ha sido practicado en la guerra del Sur, especialmente con las milicias del Alto Nilo de etnia Nuer.

Se hace notar también que éste podría ser un conflicto fabricado artificialmente para desviar la atención de las actuales negociaciones de paz de Naivasha, entre los rebeldes del Sur y el gobierno central. Estas conversaciones han llegado ya a su fase final, incluso se había firmado un acuerdo marco de paz, que depende ahora sólo de la firma de un acuerdo más detallado. Aunque no fuera ésta la intención de quienes iniciaron el conflicto en el Darfur, hay que reconocer que este nuevo conflicto ha quitado la preeminencia no sólo mediática sino también de ayudas internacionales al Sur del Sudán. La atención de África y de la comunidad internacional, incluyendo al gobierno del Sudán, debería estar centrada en la resolución de la guerra civil que asola al Sur. Del éxito de las iniciativas de paz en el Sur depende también la estabilidad y la pacificación del Norte de Sudán, del Norte de Uganda y de toda la región. Un prominente diplomático noruego lo ha expresado de la siguiente manera: «*El camino hacia la paz en el Darfur pasa por Naivasha*». Por tanto, la solución de este nuevo conflicto está ligada con la resolución de la guerra civil del Sur: ésta es una condición previa de aquella.

Lecciones del conflicto del Darfur

El problema del Darfur habla del rechazo de la solidaridad y la diversidad en un país que es un verdadero mosaico de culturas, etnias, lenguas y tradiciones. Es la clara estrategia de un régimen intolerante y violento que lleva años intentando (y las más de las veces consiguiendo) burlar la presión internacional y las diversas iniciativas para resolver el conflicto más antiguo de África. Las acusaciones que todos estos años se han

hecho contra las fuerzas armadas sudanesas no parecen infundadas. Todavía quedan sin aclarar flagrantes violaciones de los derechos humanos cometidas no sólo en las ciudades del Norte sino también en los frentes del Sur. Incluso hay fundadas certezas, confirmadas por fuentes diplomáticas, de que en algún momento del conflicto bélico el gobierno llegó a utilizar armas químicas contra los rebeldes.

No se trata de lanzar una nueva caza de brujas contra un país islámico, siguiendo la funesta «*cruzada contra el terror*» de la administración Bush, sino de reconocer que el sistema que se ha impuesto en Jartum por la fuerza desde 1989 está a la raíz de los problemas que asolan al Sudán, tanto en el Sur como en el Darfur. Una reciente visita de *Amnistía Internacional* al Darfur ha señalado cómo el gobierno está en una «*posición de negación*» de todas las atrocidades que están ocurriendo. Según Irene Kahn, su secretaria general, «*personas están siendo asesinadas, torturadas y obligadas a dejar sus casas*», con la «*clara evidencia*» de que las fuerzas armadas sudanesas, y no sólo las milicias *Janjawiid*, han llevado a cabo tales atrocidades.

Al mismo tiempo, este conflicto ha puesto al descubierto los intrincados mecanismos de la comunidad internacional y su acomodaticia diplomacia. Diez años después del infame genocidio de Ruanda, tras las lamentaciones y firmes resoluciones de «*nunca más*», un nuevo conflicto de grandes dimensiones se vuelve a desarrollar ante nuestros ojos. Y la comunidad internacional sigue preguntándose si hay que acusar o callar, si hay que hablar de «*genocidio*» o de un mero problema étnico localizado. Han tenido que pasar meses y perderse muchas vidas humanas para que países como Estados Unidos o Alemania se atrevieran a utilizar la palabra «*genocidio*» en sus declaraciones oficiales.

Se vuelven a cometer los mismos errores. Y las cifras se disparan de nuevo: 30.000 muertos, un número indefinido de desplazados y refugiados, pero que va por los cientos de miles, personas que huyen con lo poco que pueden llevar, campos de refugiados que surgen en el corazón del más inhóspito desierto, el mundo tarda en reaccionar, y se oye de nuevo la conocida cantinela «*too little, too late*» (demasiado poco, demasiado

tarde), que se repite en los países que han sufrido catástrofes humanitarias. Este conflicto nos habla del miedo de muchos estamentos, cuando se defienden regímenes y sistemas en vez de seres humanos (en este sentido, el silencio de la Liga Árabe es escandaloso), cuando se defienden intereses económicos por encima del valor de la vida, sobre todo en el caso de países interesados en proveerse con el petróleo sudanés (China y Pakistán, entre otros, se han abstenido de apoyar cualquier resolución del Consejo de Seguridad sobre el Darfur).

Posiblemente el aspecto más interesante de las iniciativas internacionales haya sido el apoyo explícito a la Unión Africana para que juegue un papel mucho más activo en la resolución del conflicto. De hecho, algunas fuerzas bajo mando de la Unión Africana están ya en el terreno controlando la situación y protegiendo a los monitores. Actualmente, un puñado de países africanos tiene experiencia en intervenciones de paz; y podrían ser instrumentos válidos para devolver ahora la paz al Darfur. Lo único que les falta es la logística necesaria para actuaciones de tal tipo; ésta podría ser la aportación del mundo occidental, y sería muy bien recibida por los países involucrados en el proceso de paz.

Esta catástrofe no es un desastre natural, irremediable e impredecible, sino un desastre anunciado y premeditado. La responsabilidad no es sólo de quienes lo comenzaron y llevaron a cabo materialmente, sino también de aquellos que lo vieron crecer y no hicieron nada, de la comunidad internacional, que en su desidia calló durante tantos meses, y de todos aquellos que han querido quitar importancia al éxodo de miles de personas, al terror de las mujeres y los niños, al destino de quien tiene que huir con lo puesto y ve su futuro hecho añicos. Los niños que tuvieron la suerte de no ver el genocidio de Ruanda tienen ya diez años... pero los ojos de los niños de Darfur nos siguen interrogando hoy. Este planeta tiene ahora el reto de ser algo mejor que el mundo de 1994 que permitió la matanza de 800.000 personas en Ruanda. Ojalá ahora aprobemos esta asignatura pendiente. ■



CADA SEGUNDO
MUERE
UNA PERSONA
DE HAMBRE
EN EL MUNDO

Manos Unidas

ONGD CATÓLICA DE VOLUNTARIOS

EL FUTURO DEL MUNDO ES COMPROMISO DE TODOS

manosunidas.org | ☎ 902 40 07 07